

EL ATAQUE A LA ESPAÑOLA

ENRIQUE BOCANEGRA

EL ATAQUE
A LA ESPAÑOLA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: febrero de 2024

© Enrique Bocanegra, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6232-9

Impreso por Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B 21291-2023

Impreso en España

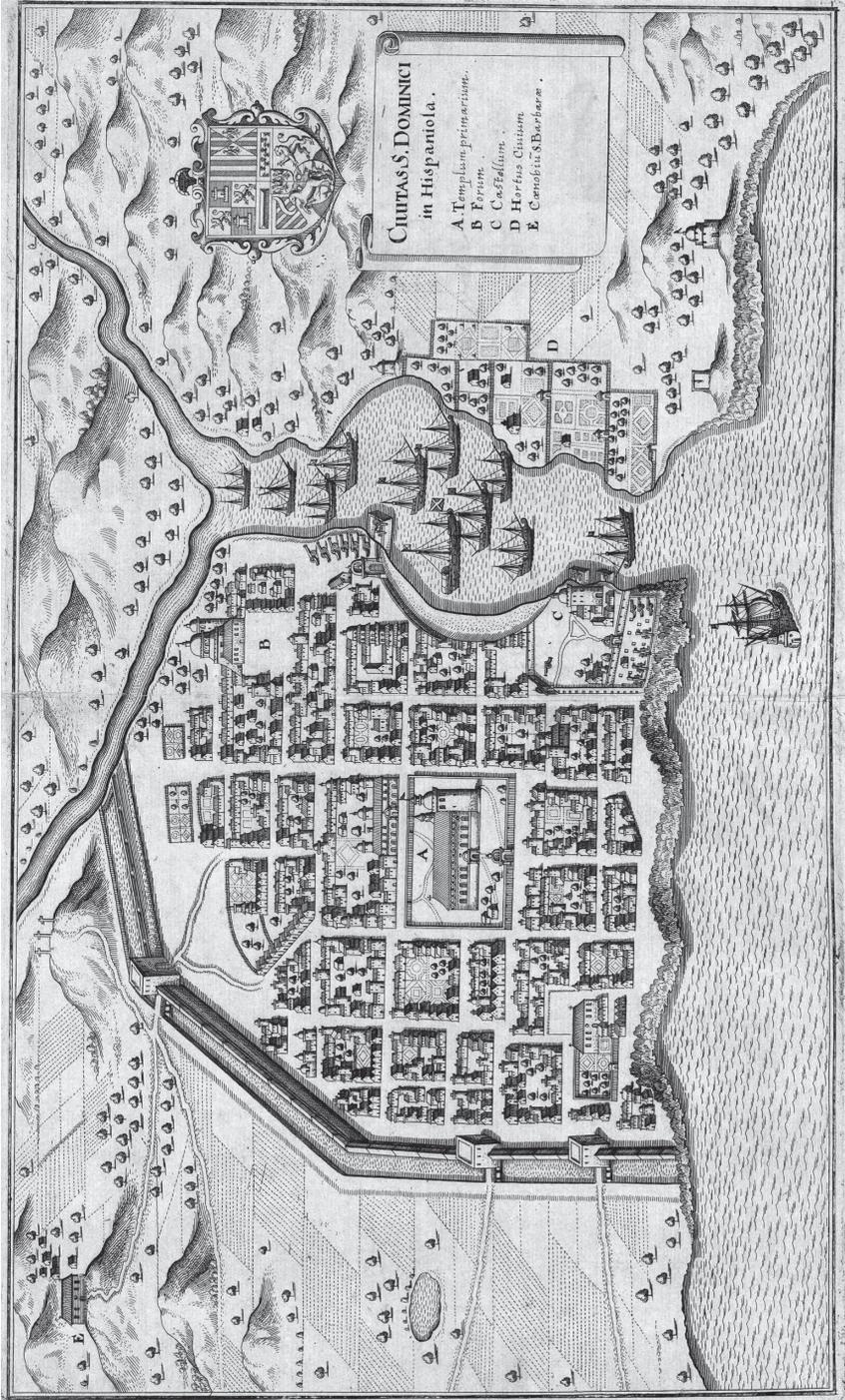
«¿Es un imperio
esa luz que se apaga
o una luciérnaga?».

Jorge Luis Borges (1899-1986)

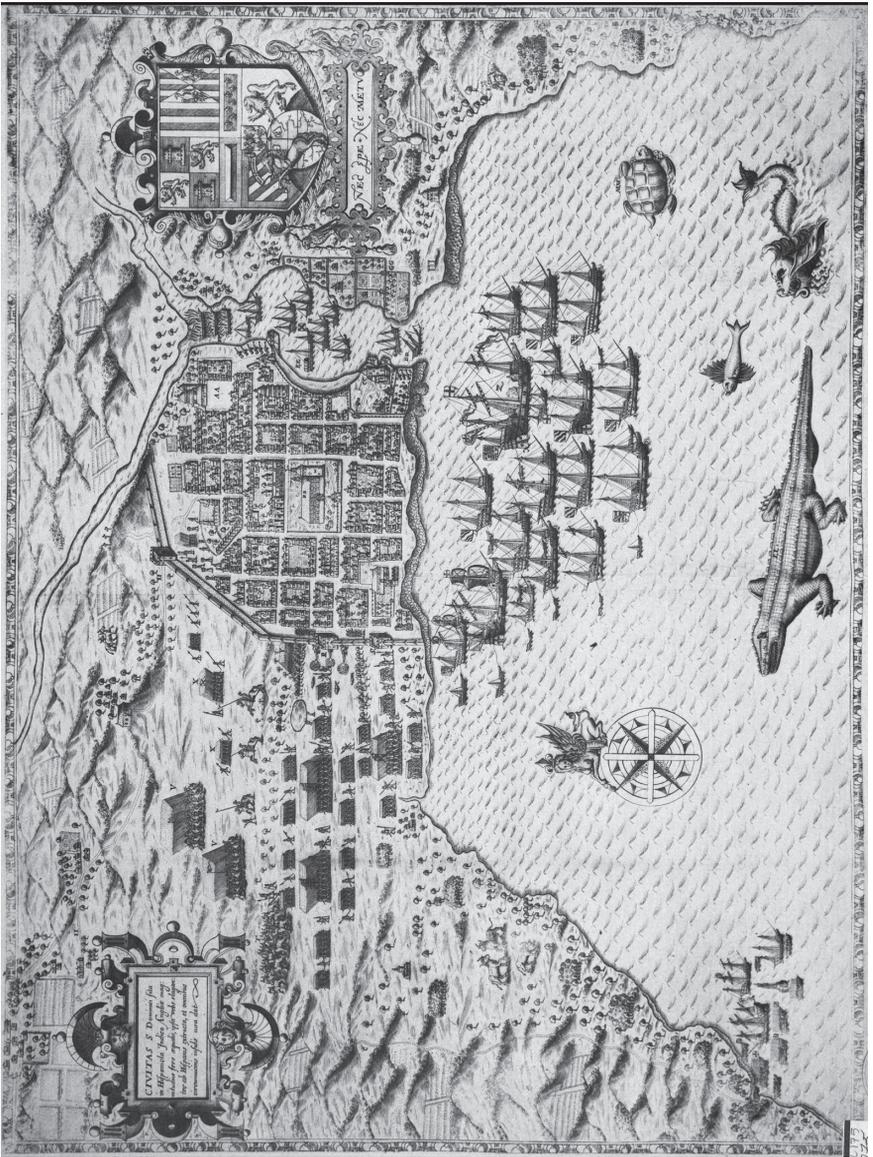
ÍNDICE

Mapas.....	13
Viernes, 10 de enero de 1586.....	19
Sábado, 11 de enero de 1586.....	35
Domingo, 12 de enero de 1586.....	51
Lunes, 13 de enero de 1586.....	59
Martes, 14 de enero de 1586.....	67
Miércoles, 15 de enero de 1586.....	71
Jueves, 16 de enero de 1586.....	77
Viernes, 17 de enero de 1586.....	83
Sábado, 18 de enero de 1586.....	89
Domingo, 19 de enero de 1586.....	93
Lunes, 20 de enero de 1586.....	95
Martes, 21 de enero de 1586.....	101
Miércoles, 22 de enero de 1586.....	109
Jueves, 23 de enero de 1586.....	117
Viernes, 24 de enero de 1586.....	123
Sábado, 25 de enero de 1586.....	131
Domingo, 26 de enero de 1586.....	137
Lunes, 27 de enero de 1586.....	141
Martes, 28 de enero de 1586.....	149
Miércoles, 29 de enero de 1586.....	157
Jueves, 30 de enero de 1586.....	165
Viernes, 31 de enero de 1586.....	169
Sábado, 1 de febrero de 1586.....	183

Domingo, 2 de febrero de 1586.....	193
Lunes, 3 de febrero de 1586.....	199
Martes, 4 de febrero de 1586.....	207
Miércoles, 5 de febrero de 1586.....	215
Jueves, 6 de febrero de 1586.....	217
Viernes, 7 de febrero de 1586.....	223
Sábado, 8 de febrero de 1586.....	225
Domingo, 9 de febrero de 1586.....	231
Lunes, 10 de febrero de 1586.....	235
Santo Domingo, 28 de febrero de 1586.....	243
Nota del autor.....	247
Bibliografía consultada.....	249
Agradecimientos.....	251



Plano de la ciudad de Santo Domingo en el siglo xvi.



Grabado del ataque de Drake a la isla La Española (1595).

BREVE RELACIÓN DEL ATAQUE
Y DESTRUCCIÓN DE LA ISLA ESPAÑOLA
POR LAS HUESTES LUTERANAS DEL PIRATA
INGLÉS FRANCIS DRAKE

VIERNES, 10 DE ENERO DE 1586

Aquel viernes me desvelé de un sueño agitado ya de madrugada, sintiéndome exhausto y sediento, tras varios días postrado por la fiebre. Salí de la casa, recogí agua del aljibe y bebí sentado sobre el canto del pozo, rodeado de oscuridad y reposo, sin saber que aquella era la última noche de paz que disfrutaría la ciudad de Santo Domingo y que las calamidades de la guerra, con su tributo de dolor, violencia y muerte, estaban a punto de desatarse sobre la isla Española.

Devoré un pedazo de pan de cazabe duro y volví a sumergirme en un torrente de sueños, algunos amables, otros crueles, hasta que, bien entrada la mañana, se abrió paso entre la bruma de mi mente el redoble de campanas de las iglesias de la ciudad. Los carillones tronaban de forma alocada, suspendiendo las rutinas y costumbres de los vecinos, mudando las horas de oficios divinos y humanos, como sucede en tiempo de grandes peligros, y llamando a todos los hombres en edad de combatir a reunirse al pie de la fortaleza Ozama para la defensa de la ciudad.

Ignoro cuánto tiempo llevaban repicando, pero rápidamente sus ecos se mezclaron con los gritos de mis vecinos y el ruido de los carros y las bestias que se desplazaban, pero no hacia el este, donde se alza la fortaleza, sino hacia el norte, hacia el camino que comunica Santo Domingo con el resto de la isla. «¿Las autoridades emplazan a la defensa mientras los vecinos huyen?», pensé. Aquella confu-

sión era más propia del mundo alucinado de los sueños que de la realidad discernible, por lo que terminé de des-perezarme, me enjuagué el rostro en la jofaina y me vestí para, al instante, sumergirme en la acción como quien se incorpora a un relato o a una canción ya comenzada, buscando hallar un sentido de delante hacia atrás a lo que estaba sucediendo.

Tres carretas cruzaron a la carrera la calzada con el cajón embarazado de pertenencias y familias, mujeres, niños y ancianos, mientras los hombres azuzaban a los caballos con tanta premura que poco les faltó para arrollarme. Debía ser mediodía, y hacía rato que la alarma había sonado, ya que todos los comercios estaban cerrados. Al otro lado de la calle, mi vecina, la viuda de Montes, llegaba a su casa, y me acerqué para preguntarle por qué estaba la ciudad alborotada.

—Un pescador se presentó esta mañana ante la guardia de la Real Audiencia. Cuenta que vio, al anoecer, más de diez velas navegando a la altura del cabo de Caucedo. Barcos grandes, galeones, algunos de más de cien o doscientas toneladas.

No podían ser españoles, porque las flotas que zarpaban de Sevilla no cruzaban el océano hasta la primavera, para evitar los huracanes y las tempestades, y navegaban siempre por la banda norte de la isla, nunca por el sur, donde se encuentra Santo Domingo.

—¿Viste qué gente era?

—No. Pero con toda seguridad son piratas.

Era la única posibilidad, ciertamente, en ese lugar y en esa época del año. Franceses, ingleses, quizá. Sólo quedaba saber si estaban de paso o si era su intención atacar la ciudad. La viuda sacó una gran llave y abrió la puerta de su casa con un sosiego ajeno a la agitación que dominaba la ciudad.

—¿No tiene miedo?

—No.

Me miró desde el dintel, sosteniendo un pequeño y delicado cántaro con leche sobre la palma de la mano, y me hizo gesto de que pasase.

—Pero mi hermana se marcha, y no quiero que lo haga sola. Vendrá a recogerme ahora, con sus hijas. Pasa, quiero entregarte una cosa.

Mi obligación era presentarme a la mayor brevedad ante las autoridades de la Real Audiencia, en la fortaleza, pero en medio de la desbandada nadie notaría mi demora y además tenía una deuda con la viuda de Montes. La epidemia que quince años atrás me dejó la salud quebrada, con esas fiebres violentísimas que me asaltan periódicamente, también se había llevado a sus dos hijos, muchachos de mi edad; amigos desde niños, jugábamos en los alrededores de la catedral, después de cada misa, mientras nuestros mayores departían, o pescábamos en una barca en las riberas del río Ozama, y desde entonces la viuda de Montes siempre se había portado como una madre, a veces tierna y otras severa, aunque en más de una ocasión me pareció descubrir una sombra muy negra en su mirada, como si nunca hubiese dejado de lamentar que la parca me hubiese dejado a mí en vez de llevarse a sus hijos.

Nada más acceder al salón, como obedeciendo a un rito elemental de hospitalidad o habiendo notado mi apetito atrasado, pues excepto el pan de la noche anterior apenas había probado bocado en dos días, lo primero que hizo fue servirme un cuenco de barro lleno de frijoles con tocino, todavía templado por las brasas de la mañana.

—Aguárdame y come.

Se dirigió al salón y abrió las puertas de un aparador, de donde sacó distintas piezas. Estaba cortando un trozo

de pan con un cuchillo y terminando de despachar un segundo cuenco de aquel manjar cuando regresó con un forro de cuero que depositó con cuidado junto a mí, sobre la mesa, y me anunció con una solemnidad que no casaba con su aspecto de pacífica matrona:

–Era de mi marido. Pero no está y, aunque estuviese, tampoco le serviría. La guerra es para los jóvenes.

Acerqué la mano y levanté la cubierta de la funda; en su interior había una escopeta con todas sus provisiones: unas dos libras de pólvora, dos brazas de cuerda y varias docenas de balas.

–Si ya tienes un arma, no te vendrá mal otra. Mejor en tus manos que aquí, guardada.

Tres años atrás, cuando la jornada de las Azores y ante la amenaza de una invasión francesa, había adquirido una escopeta con todos sus utensilios, después de que la Audiencia amonestase con una multa de varios miles de maravedíes a todo vecino que no asumiese su responsabilidad en la defensa de la ciudad. Pero, tras la victoria de la flota de España, al servicio de nuestro rey Felipe, contra Francia y los rebeldes portugueses en la isla Terceira, seguidores del impostor prior de Crato, y la llegada de la paz, no le había visto sentido a conservarla en Santo Domingo y me la llevé al ingenio azucarero que poseo a unas leguas de la ciudad, donde podía utilizarla para cazar.

Saqué la escopeta de la funda y la calibré entre mis manos. Necesitaba una limpieza, pero por lo demás parecía en excelente estado.

–Es una buena arma.

No me había dado tiempo a decidir qué haría ante la amenaza, si prefería el oprobio de la retirada de Santo Domingo, como tantos vecinos, o el honor de la guerra. Pero

la viuda de Montes había decidido por mí. Tendría honor. Y tendría guerra.

–Mi hermana y sus hijas están al llegar. Termina de comer y ayúdame a recoger.

Siguiendo sus indicaciones, llené una arqueta con ropa, manteles, holandas y una imagen de la Virgen con dorados que había traído su familia de España, más una cesta con alimentos, y finalmente salí al patio para rellenar un odre con varias medidas de agua.

Cuando aparecieron sus parientes, los ayudé a cargar el arcón en el carro. La mujer encajó la puerta de la casa, montó sobre el pescante y, tras bendecirme, tomó el rumbo hacia las afueras de la ciudad.

Me eché la escopeta a un hombro y la funda al otro y, tras recoger en mi casa una vieja espada, herencia familiar, me encaminé hacia la fortaleza. Justo en ese momento, tras un largo repiqueteo, cesaron de doblar las campanas, y las calles donde siempre había reinado la animación y el bullicio quedaron desiertas y en completo silencio, salvo por el susurro lejano de las olas, como si me hubiese convertido en el último habitante de Santo Domingo.

Caminé siguiendo la ronda, las murallas que dan al mar, y sólo me encontré con tres vecinos atalayando la costa, tres portugueses llegados hacía pocos años a Santo Domingo, tan pobres que compartían la propiedad de una tienda para mantenerse, y armados no con espadas, lanzas u otras armas nobles, sino con las herramientas de su oficio: serruchos, hachuelas y cuchillos para deshuesar. Alguien les había dado orden de permanecer allí, y allí estaban, custodiando una ciudad en la que eran extranjeros, mientras que los ciudadanos más ilustres, los descendientes de los fundadores de Santo Domingo, llegados a la isla en el segundo viaje del almirante Colón al Nuevo Mundo, es-

capaban. Al escuchar mis pasos sobre la gravilla, se volvieron, y enseguida me saludaron con una inclinación de cabeza, como aliviados al ver a un vecino movilizado ¡con una escopeta!, y no pude dejar de pensar que aquellos tres hombres, que en su humildad formaban la primera línea de defensa de la ciudad, eran héroes y que aquella jornada histórica, que sería recordada en la isla durante años, definiría la fama de nuestras gentes, incluida la mía. Nada había sido hasta ahora, ni por mi linaje, nieto de Gonzalo Fernández de Oviedo, nombrado por el emperador Carlos primer cronista de Indias y alcaide perpetuo de la fortaleza de Santo Domingo, ni por mis méritos, ya que de joven había sido uno de los mejores estudiantes en la Universidad de Santo Tomás, hasta la enfermedad que me dejó consumido, deshecho e inútil para cualquier servicio, entre las miradas compasivas, o ruines, de mis vecinos, para los que yo me había convertido en la viva estampa de la muerte, y en cuyos ojos veían reflejado aquello que había sido y no volvería a ser. Pero la guerra, que desarregla todas las escalas y jerarquías, me ofrecía ahora la oportunidad de recuperar el lugar que la enfermedad me había arrebatado y, a medida que me acercaba a la fortaleza Ozama, notaba brotar dentro de mí una energía y una determinación que durante mucho tiempo creí perdidas.

En la fortaleza reinaba la misma tibieza que en el resto de la ciudad: un grupo de negros y españoles, armados con desjarretaderas, se encontraba sobre la hierba o mirando hacia el mar desde el fuerte de San Diego, que protegía la desembocadura del río Ozama, y a lo lejos una cuadrilla de jinetes jugaba a los dados mientras sus caballos pacían. Nadie parecía estar al frente de la ciudad en la mayor crisis de los últimos años. En eso pensaba cuando, desde la Puerta de la Mar, la principal entrada a la ciudad, acompañado

por dos hombres, apareció Simón Bolívar, un caballero oriundo de un pueblo del señorío de Vizcaya, veterano del Tercio Viejo de Milán y que ahora ocupaba el cargo de secretario de la Real Audiencia. Rápidamente puso orden entre aquel grupo de indiferentes: ordenó a los ociosos cargar varios cañones y barriles de pólvora en las almenas del fuerte; mandó a los prudentes en busca de alimento y abrigo, ya que con toda seguridad tendrían que pasar la noche allí, y a los jinetes los dividió en dos grupos y los despachó a patrullar la ciudad para tranquilizar los ánimos de la población y traer consigo a aquellos que no se hubiesen presentado para cumplir con su obligación. Todos obedecieron sin rechistar, en razón de su cargo, de su autoridad natural, como hombre de ánimo firme y de prudencia en negocios graves, pues a nadie escapaba, aunque nunca presumiere de ello, que Bolívar tenía larga experiencia en batallas ganadas y plazas defendidas contra los luteranos en Flandes y contra los rebeldes en Portugal. Era el hombre que necesitaba Santo Domingo en una jornada como aquella. Únicamente después de que todos los vecinos, aquella milicia apresurada, se puso en marcha, se dirigió hacia mí.

—Me alegro mucho de veros.

Un par de años antes se presentó en mi casa, al instalarse en Santo Domingo, tras fungir como tesorero en el santuario de Higüey, para preguntarme por unos documentos que conservaba de mi abuelo, cuyo libro *Historia general y natural de las Indias* había leído tiempo atrás, en Sevilla, antes de embarcar hacia este Nuevo Mundo.

—Así es. Acompañadme.

Ya en mi habitación, abrí el arca de madera donde guardaba multitud de legajos con la firma de los reyes Isabel y Fernando, su nieto, el emperador Carlos, o conquistadores como Cortés, Almagro, Benalcázar, Velázquez y

otros de menor fama, pero de igual mérito. Bolívar admiró aquellos documentos como lo que eran, reliquias que merecían ser honradas, escritas con la letra pulcra y cuidada de mi abuelo, propia del cortesano de los Trastámara que había sido en su juventud, aunque yo lo recordaba ya en la vejez, con la boca desdentada, los escasos cabellos enmarañados y las yemas de los dedos cubiertos de tinta, aplicado a sus papeles, en una casita de dos piezas ubicada a pocas varas de donde nos encontrábamos, al pie de la fortaleza Ozama, a cuya entrada se sentaba por las tardes para disfrutar de la brisa procedente del río.

–Hemos echado al agua una galera para reconocer los navíos. Venid conmigo –dijo, despertándome del recuerdo.

Comenzamos a subir las escaleras de la fortaleza, hasta llegar al punto más elevado de la ciudad. Desde allí tendríamos una vista privilegiada de todo lo que sucedía en la costa. Tanto poder había tenido mi abuelo en la ciudad, décadas atrás, cuando era alcaide, que había prohibido al obispo que el campanario de la catedral, que se encuentra a poca distancia, fuese más alto que la torre de la fortaleza, para no comprometer su posición en caso de un ataque. Y ése era el caso que nos temíamos aquel día.

–No pueden ser barcos españoles. No en esta época del año.

Me detuve sofocado sobre un peldaño, incapaz de ascender al mismo paso que Bolívar. Fue mientras esperaba a que recuperase el resuello cuando se volvió hacia mí y me proporcionó la clave del misterio:

–Son ingleses.

Aspiré profundamente, tomándome mi tiempo para recobrar el aliento y asimilar la información.

–Hace una semana, una fragata portuguesa nos dio aviso de que treinta galeones ingleses habían atacado y des-

truido la isla de Cabo Verde, y que con toda seguridad se dirigían a las Antillas.

Retomamos la subida y al fin llegamos a la cúspide. Al norte se encontraban las atarazanas reales y el palacio que mandó construir Diego Colón, hijo del almirante, durante su gobierno de la isla. Al oeste, las mejores casas de la ciudad, la del Cordón, la de la Moneda y la sede de la Real Audiencia, con buena traza, cobertizadas y hechas de adobe pintado, a la manera de Castilla. Pero la atención de Bolívar estaba puesta en el sur, en la mar, donde las sombras de las naves enemigas, en total unas diez velas, apenas se recortaban contra el horizonte; imposible calcular a esa distancia su tonelaje, la derrota que traían y qué gente embarcaba en ellas.

—¿Por qué no se dio aviso a la ciudad?

—El licenciado Antonio de Ulloa y yo mismo solicitamos al presidente de la Audiencia que se tomasen medidas, que se repartiese gente en la costa, se pusieran a punto los navíos en el puerto y se proveyese de pólvora y municiones a la fortaleza.

—¿Nada se hizo?

—Nada, y ahora hay que organizar la defensa de la ciudad en horas.

Aquello explicaba la huida precipitada de tantos vecinos. El rumor de la aparición de esta flota desconocida, al que yo había sido ajeno por estar enfermo, se había propagado, y la falta de confianza en la autoridad hizo el resto. El desánimo de Bolívar era patente. No hacía demasiado tiempo, Santo Domingo era uno de los lugares más estimulantes del mundo, a donde llegaban todos los años cientos, miles de españoles, muchos de los cuales habían participado en la conquista del reino de Granada o en las guerras de Italia a las órdenes del gran capitán, de donde

partieron las expediciones que descubrieron y conquistaron las islas de Jamaica, San Juan y Cuba, la Florida y tierra firme, pero en las últimas décadas se había alejado del centro de poder del Imperio, que ahora estaba en Perú, Panamá o la Nueva España, y había mudado hasta convertirse en un triste arrabal de los dominios del rey Felipe en el Nuevo Mundo, un lugar al que ni siquiera arribaban las flotas en conserva que todos los años atravesaban el océano desde Sevilla. La indolencia se había extendido a toda la sociedad, no sólo a los que habíamos nacido aquí, sino también a los administradores enviados de España, quienes o se dejaban corromper por nuestra flema, o bullían de rabia e insatisfacción; éste era el caso de Bolívar, de quien sabía que ya había solicitado en varias ocasiones por escrito su traslado a otro destino donde sus cualidades pudieran ser de más utilidad al reino.

—¿Creéis que atacarán Santo Domingo? La fortaleza tiene fama de inexpugnable en todo el Caribe.

—Las plazas se defienden con la fuerza, no con la fama.

—Van detrás del oro. Se dirigirán a tierra firme, a Veracruz, Cartagena o Nombre de Dios.

—En Cabo Verde no había oro y la arrasaron. A lo mejor no buscan oro, ni plata. A lo mejor lo que quieren es sembrar el caos y destruir todo lo que encuentren a su paso.

Cuando alguien sabe más, lo inteligente es callarse, y eso hice, sin dejar de observar aquellas naves que en cuestión de horas podrían volcarse sobre la isla, buscando alguna señal que nos permitiera adivinar sus intenciones. Tristemente, tenía poco que ofrecer, ya que carecía de conocimiento, experiencia o fuerza para la guerra. Por el contrario, me sobraba aquello que les estaba faltando a mis vecinos: la determinación de servir a la patria en sus momentos de mayor peligro.

—Aquí estoy. He venido a servir a mi ciudad. Contad conmigo para lo que sea menester.

Simón Bolívar se volvió y me miró fijamente, con una expresión de afecto no exenta de melancolía. Tenía las manos pequeñas y suaves y las uñas bien formadas, casi de mujer, pero su pecho angosto, su cuerpo delgado, su nariz aguileña y sobre todo sus ojos negros, vivos y penetrantes bajo unas cejas espesas, revelaban la tensión y determinación del guerrero. Hombres hechos y derechos desamparaban la ciudad mientras que un pobre enfermo con su triste figura se ofrecía a sacrificarse por su patria.

—Vuestro cuerpo tal vez esté sometido a las aflicciones que nuestro Señor haya dispuesto, pero vuestro corazón y alma son las de un soldado. Tengo por buenaventura su amistad, no por sus haberes, que son muchos, sino por su persona.

Quizá sólo lo dijo para halagarme, ya que uno siempre debe sospechar de los motivos de sus semejantes, pero sin duda logró inspirarme y agujonear mi coraje, como lo había visto hacer en otras ocasiones con los hombres bajo su mando en los despachos de la Real Audiencia.

—¿Cuál es vuestra compañía?

—La de la puerta Lemba.

—¿Cuánto llevan sin hacer alardes?

—Lo ignoro.

No lo ignoraba. Hacía años, cinco o seis quizá, que no nos reuníamos. ¿A quién iba a combatir la milicia? ¿A los naturales de estas tierras, que desaparecieron de la isla hace una generación? ¿A los esclavos fugados de los ingenios y recogidos en la cordillera y de los que nada se sabía? ¿A los barcos enemigos, que se limitaban a hacer aguada y recoger algo de fruta y pesca en las ensenadas más recónditas del litoral, antes de continuar su expedición hacia destinos más provechosos?

—Por nacimiento os corresponde el mando. Y, en cualquier caso, yo lo ratifico ahora en nombre de la Real Audiencia. Id allí y organizad la milicia. Alabad a los animosos y esforzados, alentad a los tímidos y no dudéis en castigar a los que no cumplan con su deber.

Asentí como respuesta. En silencio, descendimos las escaleras hasta un sencillo despacho, con una mesa, tres sillones y un tosco óleo que retrataba a nuestro Salvador en la cruz, y allí Simón Bolívar firmó y selló un documento donde, en nombre de la Real Audiencia, me daba el mando de la compañía. Y así fue como, de repente, me encontré dirigiendo la defensa de una de las puertas de la ciudad en el momento más crítico de su historia.

Fuera de la fortaleza, los hombres, organizados en partidas, afilaban sus espadas, terminaban de instalar los cañones junto a las murallas y encendían fuegos para preparar el rancho. Sorprendía como había bastado un oficial con autoridad y unas instrucciones breves pero precisas para convertir a aquel grupo de vecinos mal avenidos en la semilla de una milicia.

—Más adelante mandaré un veedor con instrucciones. De momento, llevaos a esta gente. —Bolívar señaló a unos cuantos hombres que estaban apoyados contra una de las esquinas de la fortaleza. Los reconocí enseguida por la ropa gastada, el cabello largo y las uñas tan disformes que parecían cucharas: eran condenados de galeras, ninguno vecino de Santo Domingo, ni de ninguna otra población de la Española; seguramente habrían llegado de Cuba o de la isla de San Juan.

—Les hemos prometido reducir su condena si participan en la defensa. Disponed de ellos como consideréis oportuno.

La mayoría no eran malos, sino dementes sin familia, reclutados a la fuerza para las galeras, donde los pésimos

tratos y las peores compañías los habían pervertido, pero su compañía no me agradaba. En caso de ataque, ¿cubrirían mis espaldas o aprovecharían para apuñalarme y escapar? Pero no quería protestar, y mucho menos dar muestra de temor o debilidad, después de la confianza que me había otorgado Bolívar al conferirme el mando, por lo que me despedí y, con un gesto, indiqué a aquellos hombres, que traían sobre aviso no parecer revoltosos para que dijese bien de ellos, que me siguieran. Formábamos una extraña comitiva: un caballero de rostro blanquecino, gastado por años de fiebre, al frente de cinco malhechores de miradas esquinadas recorrían las calles despobladas de una ciudad más sospechosa que proveída, como sucede donde reina el miedo y la confusión. Y, sin embargo, me sentía exultante, tanto por las expectativas de medro social como por la presteza con que me había recuperado del último brote de mi enfermedad, como si mi cuerpo, lejos de cansarse por la carrera de la edad, fuera al fin más recio, le estuviese ganando la batalla a ese padecimiento y por primera vez pudiese plantearme un futuro que durante muchos años no había vislumbrado.

Albergaba estos pensamientos cuando cruzamos un vallado y llegamos a la puerta Lemba, donde nos encontramos con apenas treinta vecinos, menos de la mitad de los que formaban la compañía. Unos quince sostenían escopetas, mientras que los demás sólo disponían de lanzas y espadas, adargas y algunos broqueles. Estaban dispersos en grupos y corrillos, pero no por escuadras, ni jerarquías, sino por amistad, parentesco y otras relaciones. Desde hacía años no nos juntábamos para hacer alardes, y nadie sabía su cometido ni quién debía estar al mando.

—Traigo instrucciones de la fortaleza —alcé la voz para que todos me pudieran escuchar y se acercaran a mí—. Has-

ta nueva orden, se me confiere el mando de esta compañía destinada a defender la puerta Lemba. —Y les enseñé el documento firmado por Simón Bolívar.

Me esperaba una riña tanto de los que querían mandar como de aquellos que no quieren ser mandados por nadie, pero nada ocurrió; apenas alguna mirada incrédula por la elección de mi gobierno, que por otro lado comprendí. Yo no era Simón Bolívar, no había luchado ni en Flandes, ni en Portugal, carecía de su energía, autoridad natural y, sobre todo, de su salud; la mayoría de aquellos hombres sólo me conocía por los entremeses y coplillas que leía en las conmemoraciones locales, como el día de la Virgen de la Altagracia, o para festejar las victorias de las tropas de nuestro rey Felipe contra los enemigos de la fe, los luteranos o el Gran Turco, cuando nos juntábamos en la catedral, en la iglesia de la Merced o en el convento de Regina Angelorum, en los que volcaba la inclinación literaria que había heredado de mi abuelo, pero también sabían de mi linaje superior y que contaba con el amparo de la Audiencia, por lo que nadie protestó cuando, imitando a Bolívar, comencé a dar órdenes. Primero, dividí a la compañía en dos grupos, comandados éstos por los vecinos más prudentes y respetados, Francisco de Aguilar, dueño de una tahona junto a la catedral, y Pedro Gómez, un negro libre que, tras su emancipación, había abierto una carpintería en la calle del Truco, y era conocido de todos por su maña. Luego, dispuse dos guardias y establecí el santo y seña de «Felipe». Lejos de protestar por el reparto de empleos, parecieron tranquilizarse; ahora sabían qué tenían que hacer y que alguien estaba al mando. La amenaza exterior había cohesionado a la cuadrilla de vecinos malhumorados.

Estaba anocheciendo y había dado orden de encender un par de hogueras cuando un jinete llegó al galope

desde la fortaleza. Me acerqué al mensajero mientras los hombres se arremolinaban a mis espaldas para escuchar las noticias.

–Traigo órdenes de la Real Audiencia.

–Escucho.

–Hace una hora, regresó la galera que fue enviada esta mañana a reconocer a esos barcos. Los doce a la vista son sólo la avanzadilla de una flota de veinte galeones. Esta tarde ya han cruzado el cabo Caucedo y mañana estarán ante la ciudad. Las naves están barloventeando, lo que parece indicar que atacarán a lo largo del día de mañana.

Detrás de mí se hizo el silencio, ni un cuchicheo; podía notar sobre mi nuca las miradas cargadas de inquietud y temor de los hombres.

–¿Por dónde se espera el ataque?

–Lo ignoramos. Se han hundido varias naves en la desembocadura del río para impedir el acceso. Estamos concentrando a los hombres en la calle de la Puerta Grande.

–Entendido.

–Debéis estar prestos por si se os solicita apoyo.

–Así se hará.

Sin más, el oficial se retiró a la carrera de regreso a la fortaleza Ozama.

Treinta galeones, algunos de hasta cien toneladas para arriba, y que encerrarían no menos de mil o dos mil soldados, cinco veces más que la defensa con la que contaba Santo Domingo en aquel momento, pues no debíamos de ser más de doscientos o trescientos hombres, poco hábiles para las armas y sin ejercicio de guerra. No podía mostrar vacilación, pero miré a mis vecinos, ahora bajo mi responsabilidad, y me pregunté cuántos de nosotros seguiríamos vivos al día siguiente.